

## LO FACÚNDICO, ESTRUCTURA EXISTENCIAL DEL SER-ARGENTINO

García, Guillermo

Universidad Nacional de Lomas de Zamora

[ggarciart@yahoo.com.ar](mailto:ggarciart@yahoo.com.ar)

Material original autorizado para su primera publicación en la Revista Académica  
Hologramática

Fecha de recepción: 20-05-2020

Fecha de aceptación: 29-05-2020

### Resumen

La siguiente contribución reflexiona en torno a la pregunta por el ser-argentino. Para ello circunscribe someramente, en primer término, la categoría de *lo facúndico* - planteada en la década de 1930 por el filósofo Saúl Taborda-, a fin de vincularla, en segunda instancia, a observaciones puntuales de Carlos Astrada, Homero Guglielmini y Jorge Luis Borges.

**Palabras clave:** Lo facúndico – Saúl Taborda – Martín Fierro – Homero Guglielmini – Carlos Astrada – Jorge Luis Borges.

### Abstract

The following contribution reflects on the question of being-Argentine. To this end, he circumscribed, first of all, the category of the *facundic* -raised in the 1930s by the philosopher Saúl Taborda-, in order to link it, in the second instance, to specific observations by Carlos Astrada, Homero Guglielmini and Jorge Luis Borges.

**Key words:** The facundic – Saúl Taborda – Martín Fierro – Homero Guglielmini – Carlos Astrada – Jorge Luis Borges.

### **Resumo**

A seguinte contribuição reflete-se na questão do ser-argentino. Para tal, circunscreve, em primeiro lugar, a categoria do *facundico* —levantada na década de 1930 pelo filósofo Saúl Taborda—, de forma a ligá-la, em segunda instância, a observações específicas de Carlos Astrada, Homero Guglielmini e Jorge Luis Borges.

**Palavras-chave:** O facundico – Saúl Taborda – Martín Fierro – Homero Guglielmini – Carlos Astrada – Jorge Luis Borges.

### **Lo facúndico, estructura existencial del ser-argentino**

Referir el país deseado exige, antes, imaginarlo. E imaginar el país deseado abre un camino: el que conduce a la elaboración de la respuesta a la pregunta por el *qué* del mismo. El hecho de ser parte de ese *qué* complica la elaboración de la respuesta a tal cuestión; y ello porque en la réplica confluyen quien pregunta, su habla, su historia y su cultura<sup>1</sup>. En otras palabras, la expresión de la respuesta se hallará impregnada del estilo específico e inherente a quien pregunta. La especificidad del estilo inherente a quien pregunta, acá, debe ser entendida a modo de clave identificatoria del propio ser que responde insertado en su habla, su historia y su cultura. Así, la situación misma de nuestro propio alegar sugiere la apelación al estilo facúndico, en tanto manifestación de un particular modo de ser que abre camino a dar respuesta al *qué* de la nación<sup>2</sup>.

¿Pero qué debe entenderse por estilo facúndico? El filósofo argentino Saúl Taborda, quien acuñó hace más de ochenta años esa feliz expresión, observa al respecto:

“Lo facúndico en cuanto siendo, como es, la substancia viva y eterna de nuestro ser, ha intervenido en las gestaciones de las estructuras asumidas hasta hoy por el

García, Guillermo

hombre argentino y, cada vez con mayor eficacia, nutrirá por los siglos de los siglos, las figuraciones que ese hombre cree en todos sus tiempos históricos”. (1935, p. 1)

Taborda, primero, sitúa en lo facúndico la substancia del ser-argentino, esto es, fundamenta éste en aquél. Luego, le cabe a lo facúndico, en tanto modo de ser del humano-argentino, nutrir las construcciones de su pensamiento. Sin entrar aquí en detalles que alargarían innecesariamente este trabajo, señalemos que para el enfoque de Taborda lo facúndico se gesta, ya desde mediados del siglo XVI (o poco antes aún), del contacto entre el nomadismo propio del conquistador con el embrionario sedentarismo de los primeros colonos. En otros términos, lo facúndico es producto de la coexistencia (convergente unas veces, divergente otras), de dos tipos humanos: el ‘hombre de acción’ hacedor de la historia lanzado al asedio y ocupación de extensiones sin límites y el ‘hombre jurídico’ propio de las comunas. Ambos tipos pervivieron durante siglos y “encarnaron las dos corrientes antagónicas que se disputaron la preeminencia en la tarea de la organización política, al día siguiente de la declaración de la independencia” (Id., 4)<sup>3</sup>

Se advierte que lo facúndico media entre esos dos polos; de alguna manera traza una difusa frontera entre ambos. Así, la noción de frontera se muestra inescindible de lo facúndico y, por ello, del *qué* sudamericano y, sobre todo, argentino. Lo limítrofe sugiere acá el conjetural punto de convergencia de aquellos impulsos opuestos, la acción que hace historia y la cultura que la fija, originadas, según Taborda, en la formación de las primeras comunidades en fecha apenas ulterior a la conquista. La esencia de lo facúndico hay que buscarla, entonces, en el nomadismo del conquistador y, por ende, en las extensiones ilimitadas en las que se mueve. Sin embargo, el movimiento a través de lo in-con-mensurable induce de inmediato al sedentarismo y la cultura. En efecto, las fundaciones surgen de una necesidad de mensura; una necesidad de establecer ‘puntos de retorno’, ‘anclajes’ al nomadismo descubridor arrojado a lo ilimitado del paisaje. Las comunas originarias constituyen pretextos para el avance

nómade. El ser-humano de la extensión ilimitada se halla, así, tironeado por dos potencias antagónicas: lo abierto y la querencia; el mutismo propio de la soledad del desierto y el habla parca de ‘las casas’. Las comarcas, pues, figuraban ‘islas’ en el mar de la extensión desmedida. Islas de incipiente sentido en el sin-sentido definitivo de la pampa. Porque el desierto es connaturalmente sin-sentido: el ámbito del nomadismo es un permanente no-a-dónde-ir. Las comunas primitivas, así, representan el a-dónde, la referencia, el lugar al que poder volver<sup>4</sup>.

Noventa años antes de las meditaciones tabordianas, también Sarmiento había percibido el valor de la inmensidad territorial en relación a la índole de lo nacional. Pero la sopesó negativamente al escribir: “[e]l mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas” . De esta forma, dotó de sustancia a la extensión al tiempo que la coligó a la barbarie, siendo esta última, para él, inherente a la impronta facúndica. Su concepción de lo bárbaro, así, requiere disociar el tipo nómade del sedentario. Sin embargo, Sarmiento mismo se hallaba imantado por la inmensidad sin límites, siendo su obra magna una indirecta -acaso involuntaria- celebración de la misma.

Contrariamente, le toca a la poesía gauchesca desmentir la concepción de barbarie a manera de segregación de nomadismo y comuna. En efecto, la esencia fronteriza delo facúndico se aprecia en la revisión que el estilo gauchesco hace del uso de la lengua. Intervención encarada por ‘los letrados’ como ejercicio de traducción-adaptación-reformulación de la voz del otro, la voz del nómade. En esa poesía se aúnan el tipo nómade (en la retórica del enunciador-personaje), el tipo jurídico (en la figura del autor), lo abierto in-con-mensurable (en tanto escenario privilegiado) y la errancia en pos de un destino (en tanto acción primordial del héroe). La poesía gauchesca es en sí misma frontera lingüística y sus personajes, connaturalmente errantes, se hallan en una situación de inseguridad permanente entre el desierto y la querencia. El final de la primera parte de *Martín Fierro*, poéticamente sublime, ilustra magistral el momento en

que la tensión acción-cultura en términos tabordianos se resuelve en función de la primera: Cruz y Fierro abandonan la civilización y optan por la vía de lo abierto:

*Cruz y Fierro de una estancia  
una tropilla se arriaron;  
por delante se la echaron  
como criollos entendidos,  
y pronto sin ser sentidos  
por la frontera cruzaron.*

*Y cuando la habían pasao,  
una madrugada clara,  
le dijo Cruz que mirara  
las últimas poblaciones,  
y a Fierro dos lagrimones  
le rodaron por la cara.*

(Hernández, 1983, p. 82).

“Para los argentinos, -dictaminó Jorge Luis Borges acerca de estos versos- no hay tal vez en la literatura entera estrofas más inagotablemente conmovedoras” (1965, p. 37); también llamaron la perspicaz atención de Homero Guglielmini, quien escribió que *Martín Fierro* “es...el poema máximo de nuestra frontera, el comentario épico de la hazaña de la conquista y ocupación del ‘hinterland’ criollo, de la nacionalización del inmenso espacio de la pampa”(1948, pp. 113 y ss.) Con referencia a los versos citados, dice que “la palabra Frontera constituye el centro de gravedad del cuadrado conmovedor que pinta Hernández” (Id.). En efecto, es el gaucho quien personifica lo fronterizo de la pampa en su condición de cruza entre la estirpe hispánica y la sangre aborigen. El gaucho “está en la frontera de la sangre” (Id.) y, por ello, el hombre *Martín Fierro* “oscila, como un péndulo, entre un lado y otro de la frontera” (Id.)<sup>5</sup>.

Esos dos lados de la frontera podrían homologarse, en términos facúndicos-tabordianos, a la extensión, patria del nómada hacedor de la historia, y a la comuna, sede del letrado hacedor de cultura. Y, efectivamente, Guglielmini valora la obra de Hernández en lo que posee de “poema social y épico de nuestra frontera”. En él hay, a la vez, lucha y conflicto, por un lado, y ósmosis y compenetración, por otro, “entre el orbe de la cristiandad, de la cultura, de la civilización y de la técnica”, situado a *este* lado de la frontera, y “el orbe telúrico y primitivo de las fuerzas primigenias y de la sangre aborígen”, situado al *otro*. Agrega que ambos orbes son formativos de la nacionalidad y que la figura central el gaucho, “fronterizo y ambivalente”, constituye “el factor comunicante e intermediario entre ambas zonas” (Id.).

Coincide con el tenor general de las anteriores consideraciones Carlos Astrada cuando en las páginas de *El mito gaucho* observa que:

“el existir del hombre de la pampa es un impulso errático, atraído por el imán de la lejanía, la ausencia de todo límite, lo que hace que su llegar sea ya un partir, tornándosele difícil el quedarse y reposar en su propio ser, recogido en el contorno”. (1948, p. 12).

Y ello en contraposición a la existencia europea, que “logra en todo momento centrarse en su paisaje nativo y en sí misma” (Id.). Existir excéntrico, entonces, es el del ser-humano-argentino, signado por el “vago contorno pampeano” (Id., p. 13), el cual debe ser franqueado por “nuestros contenidos expresivos... antes de llegar a los seres y las cosas” (Id., p. 14). Ese contorno del que el humano de la llanura no puede desprenderse es parte de su ser. Porque la pampa no es meramente un medio físico, “sino incluso ya una definida modalidad o estructura existencial del hombre argentino” (Id.). En consecuencia, la extensión adquiere “el rango de un elemento cósmico primordial”, siendo posible afirmar así que es la pampa “la esencia de la realidad”, lo constitutivo de la estructura ontológica de “nuestro hombre” (Id.).

Ahora bien, ¿qué efecto proyecta la extensión inabarcable en el humano existente en su interior? Respondemos: su necesidad inalienable de rumbear. Escribe Astrada que “sólo busca un rumbo en la pampa el hombre privado de él y urgido a marchar” (Id., p. 26); vale decir: ese ser-de-la-pampa, por definición “sin asidero” y que “se yergue, con su melancolía, frente a ese mar inquietante de la llanura” (Id.). Experiencia recreada por José Hernández cuando escribe (I, 1433): “Sin punto ni rumbo fijo / en aquella inmensidad, / entre tanta escuridá / anda el gaucho como duende”. Se trata también aquí de la experiencia del sin-sentido de quien se halla en lo absolutamente abierto y de aquella ley cardinal “que le prescribe al hombre argentino...orientarse vitalmente en la extensión, despabilándose de la somnolencia que esta le infunde” (Astrada, 1948, p. 31), entregándose a una “vigilia operante” y siguiendo “el ‘fiel del rumbo’” (Id.). La fórmula para no extraviarse en la extensión y perder así el ‘fiel del rumbo’ la transmite, también, el propio Martín Fierro:

*¡Todo es cielo y horizonte  
en inmenso campo verde!  
¡pobre de aquel que se pierde  
o que su rumbo estravea!  
Si alguien cruzarlo desea  
este consejo recuerde.*

*Marque su rumbo de día  
con toda fidelidá;  
marche con puntualidá  
siguiendoló con fijeza,  
y, si duerme, la cabeza  
ponga para el lao que va.*

(II, vv. 1491-1502)

Astrada interpreta en las anteriores estrofas “las condiciones formales” que “la experiencia y la sabiduría” del existente-pampeano, personificado en el gaucho hernandiano, esgrime para afrontar la “peregrinación a través del mundo y de la vida” (Id.). Sostiene, en efecto, que estos consejos equivalen, “en cifra y compendio”, a “los supuestos básicos de toda concepción válida del mundo y de la vida”. De la misma manera que lo hace la inmensidad desértica, dichos postulados “también piden al hombre lúcida fijación de un rumbo y aliento para andar por ellos”<sup>6</sup>.

Concluyendo: mediante el delineado de algunas aristas del estilo facúndico se ha intentado despejar la estructura existencial del ser-argentino. Asumir lo facúndico se torna vía inevitable, entonces, para responder por el *qué* del país a fin de imaginar, luego, el país que se ambiciona. Lo facúndico no es la barbarie sin más, ya que presenta dos constituyentes. Adscripto esencialmente a la frontera, remite, el primero, a la extensión ilimitada, a la pampa, al desierto, ámbito del nomadismo donde ningún sentido se sobrepone a otro; pero, el segundo, aspira a la comunidad, la querencia, esa isla de sedentarismo que en mitad de la inmensidad pugna por instaurar un sentido. Lo facúndico amalgama la figura heroica del conquistador, del hacedor de historia, a la del jurista urbano, hacedor de cultura. Ambas conviven seculares en el modo de ser-humano propio de esta tierra y sería errar, probablemente, procurar la síntesis de los mentados constituyentes. Antes bien, resulta perentorio asumirlos por igual. En otras palabras, aceptar la paradoja, el contrasentido ingénito del modo facúndico del ser-humano de la extensión se abre como destino. Y digo destino en su acepción de orientación y rumbo. Rumbear es palabra bien nuestra. El destino del país, entonces, acaso no sea otro que el situado en dirección del sentido al que guía el rumbear hacia la aceptación de su propia, esencial discrepancia.

Bien lo marcó Jorge Luis Borges en el “Poema conjetural” (1943), otra magnífica pieza que nos define. Quien en él habla es Francisco Narciso de Laprida, el hombre que estudió “las leyes y los cánones”, “cuya voz declaró la independencia de estas crueles provincias” y el que anheló “ser otro, ser un hombre de sentencias, de libros, de



dictámenes”. Sin embargo, en los últimos momentos de su existir, cuando acorralado por las lanzas y los cuchillos de la montonera del padre Aldao, apenas antes de morir degollado, dice: “me endiosa el pecho inexplicable un júbilo secreto”; y agrega al punto la razón de ese júbilo: “al fin me encuentro con mi destino sudamericano”. El destino sudamericano —nuestro propio destino— no es otro que el de la confluencia del ser de acción, hacedor de la historia, con el ser letrado, hacedor de cultura. Esa afluencia no tiene por qué ser dolorosa ni violenta, como en el caso planteado por el poema borgeano. Está en nosotros lograr experimentar ese júbilo secreto que endiose nuestro pecho. Está en nosotros rumbear en una dirección conforme al ‘fiel del rumbo’ en pos del destino señalado.

## Referencias bibliográficas

Astrada, C. (1948). *El mito gaucho. Martín Fierro y el hombre argentino*. Buenos Aires: Cruz del Sur.

Borges, J. L. (1965). *El ‘Martín Fierro’*. Buenos Aires: Columba.

Guglielmini, Homero (1948). “La frontera argentina”. Centro Universitario Argentino Tribuna de la Revolución, Buenos Aires: CUA.

\_\_\_\_\_ (2010). *Temas existenciales*. Gerardo Oviedo (Prólogo). Buenos Aires: Biblioteca Nacional, Col. Los Raros, N° 28.

Hernández, J. (1983). *Martín Fierro*. Buenos Aires: Eudeba, Serie del siglo y medio.

Taborda, S. (1935). “Esquema de nuestro comunismo”. *Facundo*, Año I, N° 2, Unquillo, Córdoba.

VV.AA. (2010). *200 años de poesía argentina*. Jorge Monteleone (Selección y prólogo). Buenos Aires: Alfaguara.

---

<sup>1</sup> Quienes preguntamos somos parte de la pregunta y de su respuesta. ¿Cómo articular la pregunta siendo parte de ella y de aquello por lo que la misma inquiere? El estilo del preguntar direcciona la pregunta conforme al modo de ser de quien la formula.

<sup>2</sup> El modo de preguntar, el modo de responder, el modo de ser: una y la misma cosa.

<sup>3</sup> No obstante, las ciudades y villas americanas antes fueron “creación del espíritu nómada” (Id., 3); lo que equivale a afirmar que “el gesto de la emancipación procedió del propio fondo nómada realizador del descubrimiento y la conquista” (Id., 4).

<sup>4</sup> Homero Guglielmini escribió páginas memorables acerca del desierto y sus proyecciones en los seres que lo habitan: “desde el comienzo, hubo aquí demasiado espacio para tan poca humanidad. La extensión predominó sobre la intensidad” (2010, p. 175). “Arrojados así a la extremidad del mundo, allá donde el mundo del hombre acaba, estuvimos desde el arranque en una situación paradójica: en el linde del espacio ignoto, al borde del abismo sombrío. Con nosotros se terminaba el mundo; apenas más allá empezaba el Cosmos, el Vacío, la Nada” (Id., p. 176). Respecto al uso de la expresión ‘desertor’ en relación a las montoneras primero y a los ejércitos de frontera después, agrega Guglielmini: “Nunca tuvo la palabra deserción una explicación tan estrictamente acorde con su sentido literal: los hombres que formaban en aquellas filas sentían una íntima propensión a volver al desierto, a abandonarse nuevamente a la soledad, disgustados por una lucha contra la Nada que aparentemente iba perdiendo significación” (p.183). Al respecto, no se debe olvidar que Martín Fierro, sobre todo en la Ida, es básicamente un desertor.

<sup>5</sup> Guglielmini agrega que la biografía de Martín Fierro equivale a una “alterna migración entre las poblaciones cristianas y el desierto”; el personaje “se hurta descontento y disconforme del mundo cristiano, y busca amparo en las tolderías”, sin embargo, una vez situado en el otro lado “de la última frontera que divide su ser, su sangre criolla hierve de nostalgia y le exige su vuelta al pago nativo” (1948). Respecto de la palabra alemana *hinterland*, usada por este autor, significa literalmente ‘tierra posterior’ y, por extensión, ‘área de influencia terrestre’. Así, la pampa en tanto ‘hinterland criollo’ constituye para Guglielmini el área de influencia de las ciudades litorales, principalmente Buenos Aires. La llanura y su influjo: su gravitación sobre el modo de existencia argentino.

<sup>6</sup> Específica a seguido los tres pasos de esos supuestos básicos: 1) marcar con la mayor fidelidad el rumbo de día “es...lo que exige toda auténtica cosmovisión en cuanto a la determinación de su fin último” (Id., p. 32); 2) marchar siguiendo el rumbo con persistencia “es su petición de perseguir con voluntad constante este fin, manteniéndolo firmemente enfocado por el intelecto” (Id.); y 3) ubicar la cabeza cuando se duerme en la dirección que se marcha “es el reclamo de no perder espiritualmente de vista tal fin, adquiriendo la conciencia de que el sueño del durmiente es sólo un parpadear en plena vigilia, una pausa de sombra en medio de la claridad del gran sueño con que la cosmovisión abarca e ilumina el mundo y la vida” (Astrada, 1948, p. 32).